

Patagonia tierra de cuentos



Diana Irene Blanco
La Pampa



Pablo Tolosa
Río Negro



Hernán Lasque
Neuquén



Margarita Borsella
Chubut



Luis Ferrarassi
Santa Cruz



Alejandro Pintos
Tierra del Fuego



La Pampa

Ministro de Educación Pablo Maccione
Referente Plan Provincial de Lecturas Luciana Ceja

Río Negro

Ministra de Educación y Derechos Humanos Mercedes Jara Tracchia
Referente Plan Provincial de Lecturas Iris Giménez

Neuquén

Ministra de Educación y Presidenta del
Consejo Provincial de Educación Cristina Storioni
Referente Plan Provincial de Lecturas Iván Nicola

Chubut

Ministra de Educación Florencia Perata
Referente Plan Provincial de Lecturas Verónica Raggio

Santa Cruz

Presidenta del Consejo Provincial de Educación Cecilia Velázquez
Referente Plan Provincial de Lecturas Marta Pereyra

Tierra del Fuego, Antártida e Islas del Atlántico Sur

Ministra de Educación, Cultura, Ciencia y Tecnología Analía Cubino
Referente Plan Provincial de Lecturas Alicia Olguín



[Presentación]

En el marco del Plan Nacional de Lecturas, las y los referentes de las provincias de Neuquén, Río Negro, Chubut, Santa Cruz, La Pampa y Tierra del Fuego, Antártida e Islas del Atlántico Sur, nos reunimos para configurar un Plan Regional que integre la literatura de estas latitudes a través de sus representantes.

De este modo nace Patagonia lee, programa que busca generar espacios de socialización y difusión de las prácticas vinculadas con la literatura del sur de la Argentina. La actualización del debate en torno a las producciones de nuestra región literaria y su correlato en acciones concretas de inclusión de la literatura patagónica en los recorridos de lectura de docentes, bibliotecarias, bibliotecarios y estudiantes, es nuestra premisa.

Patagonia tierra de cuentos es el quinto encuentro celebrado. Aquí, autoras y autores patagónicos nos acompañaron en una siembra promisoriosa para componer una tierra de cuentos.



[Diana Irene Blanco]

La Pampa

Diana Irene Blanco nació en Eduardo Castex, La Pampa, donde reside. Maestra y Profesora en Letras egresada por la Universidad Nacional de La Pampa. Poeta, cuentista, ensayista, novelista y prologuista. Ha recibido premios de carácter nacional e internacional en España, Francia, Chile, Canadá, Italia, México, USA e Israel en poesía y cuento.

Integra numerosas Antologías nacionales e internacionales de cuento y poesía para público adulto y, en menor cantidad, de cuentos para infancias.

Poemas: *“El cántaro roto”, “La Lámpara Despierta”, “Mujeres”, “Pródiga”, “Luna que se quiebra”, “La tarde no sabe”.*

Cuentos: *“Cuentos para la Hora Gris”, “Brava y oscura”, “Corazón partido y otros cuentos”, “Gente con noche”.*

Novela: *“La constancia de las rosas”.*

Ensayo: *“Olga Orozco. La jerarquía de la palabra”, “Néstor Villegas. Hijo de la llanura. Hermano del viento”. “Olga Orozco. Señora de la alta poesía” “Después de la lectura”.*

Cartas: *“Domicilio desconocido”.*

UNA DIOSA EN LA COCINA

[Diana Irene Blanco]

“Quema el alma raíz y nacimiento”

Octavio Paz

Cocinar como los dioses es un arte exquisito y una estupenda hazaña. No se hereda, ni se adquiere. Nace con la persona como las orejas, las uñas y los dedos del pie. Solamente bastan la pasión, el placer, la paciencia, la lujuria y el sortilegio que provocan los colores y consistencia de las legumbres, la seducción de las especias, el misterio debajo de las tapas de las ollas, el pulso del fuego.

Sin necesidad de haber visitado el Olimpo.

Esta ceremonia aromatizada de ajos fundidos y aceite vibrante es un ritual solemne. Desciende de un añejo protocolo escrito en la harina de tiempos remotos. Así se cumple en la paz de las brasas en medio del campo; en la cocina rústica de un pastor de ovejas o en el frenético microondas de una señora apurada.

Hera habita ese mundo de nieblas olorosas escapadas de los caldos fervorosos, de las carnes sacrificadas con clavo de olor. Ahora, en la penumbra de su cocina, los duros ojos verdes y las manos hábiles de esta mujer capturan y arrancan las telas delgadas que cubren dos riñones de ternera, el plato del día. Luego, con habilidad suprema, Hera convierte la carne en gruesas rebanadas.

La mirada de la cocinera centellea, enrojece su cara. Disfruta de la tarea. Cerca, en una fuente, el agua fría y la sal gruesa tiernizarán por escasos minutos, las fetas de más de un centímetro de espesor. En un paso previo, con suma energía, Hera picó las cebollas ardientes que después terminarán doradas en manteca junto con los riñones de ternera. Entretanto la sal fina, la pimienta y el perejil picado saborizarán los bifos jugosos que ya se retuercen sobre el fuego implacable.

Para completar la receta, Hera volcará con paciencia sobre la carne contraída una medida de vino seco que aguarda en una copa. Al mismo tiempo, con envidiable placer, la

cocinera aprovecha largos tragos de la bebida con los párpados entornados, chasqueando la lengua. Se diría que la mujer algo celebra. Fulguran sus pupilas verdes y chirrían los bifes sobre las brasas rojas.

Esta comida es en honor a su marido. Hera es la esposa del dios Zeus. No hay motivo para envidiarla. Zeus la ha traicionado con varias mujeres.

La diosa Hera, hasta el momento, sólo pudo convertir a una sola de las novias en ternera. Por esta razón, hoy ella comerá una porción de arroz blanco.

Nada más.

Cuento publicado en la Antología “Voces de América Latina”, Tomo III, Editorial Mediaisla, New York, 2016. Y, en “Gente con noche” (cuentos). Editorial Visión 7. Santa Rosa, 2017.



[Pablo Tolosa]

Río Negro

Pablo Tolosa, Nació en la ciudad de Viedma, captial de Río Negro, en 1970. Publicó varias plaquetas (*Huyendo desesperadamente del relato*, *El problema de la resurrección*, *Un zapato m lo cuenta*, *Bric a Brac* y *Gente que vive en palanganas*) y colabora con diversas revistas literarias. Su libro de cuentos *Malditos animales* fue premiado y editado por el Fondo Editorial Rionegrino en la convocatoria del año 2009. Integra las antologías *Río Negro For Export* (FER, 2010), *Osario común. Summa de fantasía y horror* (Muerde Muertos, 2013), *Letras de la Comarca* (Editorial del Valle Bajo, 2015) y *Sangre fría* (Pelos de Punta, 2016).

Es Ingeniero de Sistemas en la UNICEN, ejerce su profesión en Viedma. Tiene dos hijas: Lupe y Mora. Es creador de los blogs “Malditos Animales”, de carácter literario, y “Linux de la Comarca”, de contenido técnico. El sello Muerde Muertos publicó su primera novela *Hay que matarlos a todos* (2017) y el ebook aplicación *Asqui. Oráculo estático patagónico* (2020). Pueblos rotos. 2019 Fondo editorial rionegrino.

En 2019 es ganador del “Concurso del microrrelatos de xxxi maratón de cinema fantástico i de terror de Sants , Hostafrancs i La Bordeta Ayuntamiento de Barcelona”, con el relato “Las hormigas van al espacio”.

CANAL ANIMAL

[Pablo Tolosa]

Hace dos días que estoy de vacaciones. Hacía mucho tiempo que las necesitaba pero el quehacer diario y ese plus de obsesión que suelo agregar a la cosas que hago impedía que tuviera el digno descanso que merece alguien con la dedicación que mi profesión requiere. Dirijo la filial local de un gran operador de cable de televisión satelital. Actualmente hay cuarenta y dos señales que retransmitimos desde nuestros estudios. Es un servicio de veinticuatro horas por siete días y suele haber problemas todo el tiempo de muy diversa índole. Económicamente es muy bueno así que no me quejo. Ayer, estuve acostado leyendo el final de una novela que tenía inconclusa hacía más de cuatro meses. A la noche fui hasta el centro en auto, estacioné y caminé un rato sin rumbo. Después comí mariscos en un restaurante de moda y volví a casa. El cuerpo tarda en relajarse cuando se interrumpe una tarea tan intensa y demandante. La mente sigue resolviendo problemas que quedaron pendientes y para mí es difícil cambiar de tema. Por eso es que hoy dormí hasta esta hora. No quiero pensar en nada, aunque prendo la tele. Me prometo que solo voy a ver programas, no estadísticas de encendido, cantidad de películas rentadas o inconvenientes con subtítulos. Quiero ver el resultado de los partidos de fútbol, con quien sale la vedette de moda y si va a llover a la tardecita, sólo eso. Empiezo a recorrer la grilla con el control buscando algo que me atraiga. La sintonía me lleva de los noticieros a los canales de interés general, de ahí paso a los deportes, navego los canales eróticos y los internacionales. Cuando la grilla debería recomenzar y encontrar los canales de aire, encuentro una señal nueva. Me sobresalto. Físicamente es como una descarga de adrenalina que me hace sentar y quedarme viendo la pantalla buscando una explicación a lo que hay ahí. En el canal 137, que debería estar definitivamente vacío pues la concesión de señales solo cubre hasta el 122, la RAI, tengo la imagen de una sala de estar. Parece que alguien ha instalado una cámara casera y está transmitiendo una escena surrealista: en el sofá, ubicado de frente a la cámara hay un mono sentado con un control remoto en la mano. El animal parece estar mirando de frente a la cámara, como si ella fuese un televisor. Saco las sábanas y me siento a los pies de la cama. El mono sigue mirando a la cámara. No me

doy cuenta si la transmisión tiene sonido o no, así que apunto el control al tele y subo el volumen. El simio hace lo mismo que yo. Compruebo que efectivamente hay sonido de origen. Tengo que llamar a la oficina y preguntarle si están viendo esto. Supongo que no porque en ese caso me hubieran llamado. Doy un salto para buscar el celular y entonces el mono se asusta. Hace el cuerpo hacia atrás y apunta con el control. Supongo que fue una coincidencia. Voy a la cocina y vuelvo con el teléfono. El animal se ha parado y está a centímetros de la cámara, como buscando algo. Cuando regreso se vuelve al sillón y apunta con el control nuevamente. Veo la barrita verde del volumen que baja hasta quedar casi en cero. Entonces con mi control vuelvo el volumen al nivel que lo había dejado y me quedo esperando. Mi cabeza está a punto de explotar. Lo que suceda a continuación puede mandarme derecho al manicomio. El mono levanta el brazo, dirige el infrarrojo hacia delante y vuelve a bajar el volumen. Me quedo en blanco. Petrificado. Ahora vuelve a apuntar con el control y aparece en pantalla el parlante tachado. Y ahí quedo sordo.

El miedo empieza a invadirme desde cada rincón, el pánico me desencaja. Se me cae el teléfono. Lo veo pegar contra las baldosas negras, pero no lo escucho. Miro la pantalla y el animal sigue con el brazo estirado hacia la cámara. Veo que mueve los dedos y la señal del color aparece y baja hasta desaparecer. Y ya no veo los colores. Busco con la mirada pero solo hay sombras. Me doy cuenta que subió el contraste y empiezo a ver manchas blancas y negras. Quiero escapar de acá pero el mono cambia de canal.



[Hernán Lasque]

Neuquén

Hernán Lasque nació en Concordia, Entre Ríos, en 1977. Desde el año 2004 reside en la ciudad de Plottier, Neuquén. Publicó los libros: **Ratón Blanco** (Cuentos. Ed. Colisión Libros, 2009); **Lizeta** (Relato. Ed. Colisión Libros, 2012); **Lamen** (Poesía. Ed. Buenos Aires Poetry, 2017); **Maratón Dromedaria** (Poesía. Ed. Leviatán, 2020); **Tres andariveles** (Poesía. Ed. Lo hago como puedo, 2020); **La casa un tiempo equis** (Novela. Ediciones De La Grieta, 2021) y **Si no late** (Cuentos. Ed. Colisión Libros, 2021). Otra publicación destacable: **“Atlas de la poesía Argentina II”** (Antología a cargo de docentes investigadores de la Universidad Nacional de La Plata; Edulp, 2018)

PÓSTER

[Hernán Lasque]

El ancho palmo de luz que se proyecta a través de los vidrios revela pelillos suspendidos en el aire; la repentina sequedad en su garganta le induce un involuntario carraspeo. El salón está impecable; pocos pelos en el piso caídos de la gris cabellera de una anciana señora, se reparten en la superficie de manera desapareja.

De las paredes cuelgan retratos de actores y actrices de otro tiempo, diferentes modelos de corte. Hay también un artefacto de esos que le hacen fantasear teletransportaciones: un casco anaranjado con un acrílico azul transparente como visera, por el cual tanto puede ser abducida la persona que allí introdujere su cabeza, como acaso verse víctima de algún jíbaro y salir del salón de belleza con el cráneo reducido. Pero como de ninguna manera es esto una ficción científica, nada de ello es posible; conllevaría un excedente mencionar que todo transcurrió sin fricciones propias del género, puesto que ninguna partícula fue desmaterializada o abducida en aquella peluquería común y corriente de un barrio al borde de una ciudad cualquiera.

La señora que acaba de concluir el turno se pone de pie y su nubecita de pelos parece orbitarle el cuero cabelludo. Una membrana de raíces capilares finísimas. Toma un espejito de mano, evalúa el corte en la nuca y da su afirmativo veredicto con un: *Regio, Eduardo*, al tiempo que chasquea la lengua como si un filamento rebelde le molestara entre los dientes teñidos por el rouge. Él, que hojea sin interés una revista, si mirara hacia la ventana vería por el reflejo cuándo la señora saca su dinero, paga, aprieta suave las manos del peluquero y por fin se dispone a retirarse.

- Que tenga una linda tarde, la espero el mes que viene- despide, amablemente, el peluquero. Al dirigirse a la puerta, que se encuentra justo al lado del sillón donde él está sentado, cruzan las miradas. Ninguno de los dos, el menor gesto de saludo.

El peluquero -Eduardo su nombre, lo dice el cartel pintado en la vidriera: *Eduardo Coiffeur*, y acaba de escuchárselo decir a la señora- lo invita a ocupar la butaca. Almohadón plano, cuerina roja y bordes con una borla de perlititas de tela negra. El calor del culo

de la vieja permanece intacto. Se cuida de no tocar con su pierna directamente el plástico, no hacer contacto con su piel sino que sea el jean de la bermuda lo que se apoye. La menor agitación en el ambiente y tendría a la señora incrustada en la garganta. Le sobreviene otro carraspeo. Contrae los hombros y en acto reflejo toca la punta de su nariz.

De un cajón del modular, Eduardo Coiffeur extrae una capa de raso bordó y con despliegue acampanado le envuelve los hombros para disponerlo a la sesión. Él, tímido y astuto, siente el abrojo que cierra la capa en la nuca, la suave opresión de la tela que lo viste, el raso en los muslos que gradualmente se adhiere a las pantorrillas. Desea que todo fuera nuevo para él; el peine, la tijera, el gran espejo. No obstante, debe contentarse con una ligera limpieza a los elementos y con ver su rostro en el mismo lugar en el que se reflejaba el de la señora.

El peluquero se mete en un baño, al fondo del salón, enfrentado al espejo. La puerta queda entreabierta. Al costado hay otra que está cerrada. Mientras aguarda, observa a su alrededor y compone un inventario mental: tres tijeras sobre un paño negro, dos navajas, un cepillito blanco, tres rociadores, un talquero muy pituco, dos maquinitas y otros utensilios propios del oficio y el espacio; un televisor, una pequeña radio y revistas con fotos de diferentes cortes para hombres y mujeres.

12

Secándose las manos con una toallita descartable, Eduardo Coiffeur vuelve al centro de la escena. Suenan sus pasos a mocasines, a taco y media suela. Se detiene detrás suyo; estira el brazo por sobre su hombro derecho y toma un spray para humedecerle el pelo. Lo despeina ligeramente con los dedos. Instantes después, sobre su cabeza, escucha el shhk-sksk-shhk-sksk-shhk laborioso de la tijera y el peine.

En el espejo todo sucede a la inversa, no alcanza a entender de qué lado siente los tijeretazos. Juntando peine y tijera en una de sus manos, vuelve a batirle el pelo con la otra. Luego va hasta la ventana y entrecierra la persiana diciendo *el sol a esta hora no se soporta*.

- ¿No te molesta, verdad?- agrega sin esperar respuesta. Él aprovecha para borrar una obstinada picazón en la nariz.

- Tenés cara de estar molesto- dice, y prosigue con el corte. No habla a un volumen normal sino más bien bajo, sin mover mucho los labios, como si en la pieza contigua al salón al-

guien no debiera escuchar demasiado.

- No creo que seas tímido –retoma-, ¿te sentís incómodo? ¿Prendo la tele? ¿Música? ¿Qué te gusta?

- Así está bien- responde.

Mira en el espejo el color de la capa, el raso bordó envolviendo sus rodillas. Se encuentra los ojos, serenos, los labios sellados, el semblante sensiblemente diferente. El pelo, húmedo y frío, contrasta con el calor en la frente. Eduardo Coiffeur estrecha la distancia y le apoya su pelvis en el antebrazo. Él lo retrae sin brusquedad y seca debajo de la capa la palma de su mano en la bermuda que lleva puesta.

Sus pensamientos, como una bola de flipper, entrampan cada movimiento del peluquero. Evita verlo. Lo adivina. Se mira al espejo como buscando una fuga interna. El retiro a un recuerdo es una técnica que lo ayuda para evadirse cuando se siente desordenado. De la calle vienen pocos ruidos, un auto que acelera, un caminante por la vereda, el trinar de un pájaro siestero. De pronto ve algo que anteriormente no había reparado; la puerta de entrada al salón es de vidrio esmerilado color verde.

Con el efecto del sol detrás y el afuera y los árboles y las irregulares sombritas moviéndose, el verde lo derivó caprichosamente al recuerdo de la accidentada búsqueda de una luz de este color en un campamento de estudiantes en las sierras de Unquillo, en Córdoba. Se disputó en aquella ocasión una competencia nocturna consistente en encontrar luces y sonidos que *los líderes* del campamento, escondidos en el monte, movían de un lado a otro en la oscuridad.

Se conformaban grupos que al mismo tiempo salían disparados con una lista de lo que debían ir hallando respetando su orden: una luz blanca, una roja, una verde; un silbato, una lata, elementos que *los líderes* del campamento manipulaban a su antojo. Ganaba el grupo que la completara primero; la luz verde fue la última en la lista que a su grupo le había tocado:

Se apagaba y reaparecía en otro sitio. Volvía a desaparecer. Trepando con su grupo llegaron a una capilla, una cripta de base circular en la que tres péndulos operaban como sismógrafos. Entraron dos del grupo con él, pero salieron enseguida ya que se les había advertido que no debían ingresar y mucho menos por la noche. La capilla, cons-

truida un siglo antes por una orden jesuita, había sido cerrada tras la súbita migración de sus integrantes. Los pobladores de la sierra cuentan que durante la noche los frescos que recubren la bóveda se desprenden de las paredes. Se detuvo a mirar las figuras pintadas, ninguna se movió. Afuera, la luz verde había vuelto a brillar unos metros más arriba y allí se dirigió el grupo. El brillo verde, escurridizo en la oscuridad, volvió a ocultarse esta vez a escasos metros de donde él se encontraba. Dio largas zancadas entre los pastos altos sin quitar los ojos del lugar donde la luz se había apagado por última vez. Exaltado, sólo vio el alambre de púas cuando le rajó la carne en el pecho. Sangró de a chorros y cayó a tierra. De espalda en el pasto, sintió las voces de sus compañeros como en retirada y comprendió que se estaba desvaneciendo. Reaccionó más tarde en una salita pegada a la capilla. Las paredes eran celestes. Al despertar, una chica que limpiaba la sangre derramada en el piso, sin proponérselo, lo animó a sonreír.

- Voy a rebajar un poco más a los costados –irrumpió el peluquero-, acá ¿te parece? Y se apoya sobre su brazo nuevamente, esta vez cerca del hombro.

Él no se mueve. Recibe el impune desplazamiento del hombre en su pequeña espalda. El peluquero continúa con los retoques del corte y se detiene luego delante suyo. Le hunde los dedos en el pelo. Dice que tiene mucho y muy buen cabello. *No dice pelo, dice cabello*, piensa él, con la nariz a la altura del cinturón que sostiene el pantalón pinzado, beige, del peluquero que ahora toma un cepillo blanco de blandas cerdas, le levanta con dos dedos el mentón y repasa, suave y gentil, el cuello cuidando eliminar todos los pelillos pegados a la piel. Por último, con una toallita en cada mano, mete la yema de sus dedos haciendo un diminuto movimiento circular en el interior de las orejas. Sus ojos se han detenido ahora en su propio pelo disperso en el piso... La imagen lo lleva de vuelta a Unquillo, al momento preciso del despertar de la anestesia y el shock, a la habitación celeste, a los tres péndulos de la cripta, al oscilar entre el recuerdo y el presente real frente al espejo, entre el reflejo y la intimidad de su pensamiento, viéndose la propia cara en el instante en que cruje la tijera y la mano húmeda de Eduardo Coiffeur lo toma del maxilar inferior, firme y blandamente unos segundos, para retocar el contorno de las orejas.

Al amparo de la capa, busca la cicatriz de los alambres de púas. Toca con su dedo la piel lisa de ese gusano en el pecho, ese corpúsculo de imprecisa sensibilidad. Son los pensamientos y el tiempo lo que oscila. Las tres tijeras están otra vez prolijamente ubicadas sobre el paño negro. El peluquero frota una, dos, tres, cuatro veces su navaja en una

faja de cuero. Remarca las patillas y el contorno en la nuca. Lo ve buscar el espejito de mano. La huella encremada de la vieja sigue en el mango. No puede evitar olerlo cuando el peluquero lo ubica en diferentes posiciones para que pudiera verse. Huele a pomada, a resbaladizo.

- Mirate atrás ¿te gusta? ¿Te parece bien?

- Así está bien -son sus tres palabras.

- Perfecto -celebra el hombre viéndolo a los ojos en el reflejo mientras deja el espejito paleta en su sitio. En el mismo movimiento, al traer hacia sí de vuelta el brazo, detiene y apoya la mano en el hombro del joven. Se miran a través del espejo; él desvía la mirada, el peluquero se retira nuevamente al baño a lavarse. La puerta queda entreabierta. La de vidrio verde a la calle y la otra permanecen cerradas. Se escucha el desparejo sonido del agua golpeando las manos y la loza. Por fin la otra puerta parece abrirse, pero nadie asoma aún tras la mano en el picaporte, una mano fina y sin pelos que se oculta en silencio.

El peluquero está detrás de él otra vez. De la puerta, la mano y la voz femenina que se anuncia con un suave *permiso*, emerge:

15

- Natalia, mi colaboradora -anuncia el hombre-. Espero volver a verlo pronto, joven- termina diciendo y desaparece por donde acaba de ingresar Natalia.

Natalia barre los pelos del piso, los acumula en una palita de plástico celeste y lo deja todo en un rincón. En tres pasos se para frente a él, sonríe por cortesía y rodeándole el cuello con sus brazos, desprende en la nuca el abrojo de la capa. Huele a chicle de uva.

[Margarita Borsella]

Chubut

Margarita Borsella nació en Esquel, Chubut, Argentina, el 11 de noviembre de 1959. Casada con dos hijos, Química de profesión, se ha desempeñado como docente en el área de las Matemáticas y la Física en tres niveles educativos (Escuela de Educación Técnica N° 748 en Trelew, Institutos Superiores de Formación Docente N° 801 y 816 en Trelew y Rawson, y Facultad de Ingeniería de la UNPSJB, Trelew.

Se desempeñó como Presidente de la Comisión Directiva de la Biblioteca Popular “Richard J. Berwyn” de Gaiman y Presidente de la Comisión Organizadora de la Feria Provincial y Patagónica del Libro en Chubut.

Integrante del Taller del Escritor y del Grupo Literario Encuentro de Chubut.

Algunos de sus logros literarios, entre otros, son: Primer Premio en VI Certamen Internacional de Autobiografías en el Distrito Federal de México (2011); publicación del libro “Buenos Aires Chico” (2012); jurado de varios certámenes literarios entre 2011 y 2018, participó en Antología Poética Narrativa “La Hora del Cuento” (Córdoba, 2013), publica el libro “**Rescatando Matices**” (2014), Primer Premio Certamen de Narrativa “Antonio Alberti” (San Antonio de Padua, 2015), publica la Segunda Edición de Rescatando Matices (2015), participó de “Antología Bodas de Plata” del Grupo Literario Encuentro (2015), publica el libro “**Silencio**” (2016) y de la nouvelle “**Cartas.doc**” (2018). Participó de la antología “Anecdotoando” del Grupo Literario Encuentro (2019).

EL MIEDO, EL AHOGO

[Margarita Borsella]

(Relato corto escrito en pandemia)

El viento del oeste no se sentía, pero unos tremendos nubarrones oscuros se desplazaban hacia el este. Pronto llegarían al mar.

En el alto, adentro de la cabaña, un puñetazo contra la mesa de algarrobo que sostenía una laptop, interrumpió el silencio que solo a veces era tapado por el crepitar de los leños en la chimenea.

- ¡Esta porquería funciona cuando quiere! -protestaba Candelario.

El Wi Fi, que iba y venía, no le permitía estar al tanto de lo que ocurría allá en el país del norte con el virus.

Afuera, la tenebrosa masa oscura seguía avanzando sobre el cielo. Lentamente se acercaba a la colina que nace sobre la meseta y que drásticamente muere en el mar; allí donde su ladera rocosa improvisa unos escalones que llevan hasta la espuma blanca que dejan las olas furiosas.

La tormenta estaba cada vez más cerca del este. Pero Candelario, entre su protesta y hastío por el aislamiento, no lo percibía. Solo a lo lejos escuchaba el último parte del gobierno por la 580, en la Siete Mares de su abuelo que estaba sobre un aparador de la cocina.

- ¡Uy Dios! ¡Hice bolsa la laptop! ¿Dónde habré dejado el celular?

El celular no aparecía. Decidió probar el licor que él mismo había hecho después de encontrar una receta en un cuaderno de hojas amarillentas y tapas azules. Luego, lavó y llenó la damajuana de vidrio que tenía un ramo de flores secas, con esa bebida espesa que sabía a nueces y a ron.

Lo incierto y el aburrimiento lo llevaron a burlar controles... Con unas cañas, anzuelos, una olla a carbón, aceite para freír y la damajuana, se lanzó a las aguas con la

barcaza que tenía amarrada en los escalones rocosos, hecha con palos de álamos y la carrocería cortada de un auto viejo, amarillo y oxidado.

El viento ya se hacía sentir y la barca se alejaba.

Los primeros gotones golpeteaban sobre el techo del viejo auto amarillo cuando picó el primer salmón.

- ¡¡¡Tendrás que salir desgraciado!!! No me revolearás como a una bola que vuela en parábola sobre el mar.

Y allí estaba luchando Candelario. Veía cada vez más monstruosa a esa bestia que se resistía a salir para luego ser freída en la olla a carbón. Solo la damajuana seguía fiel a sus órdenes.

De repente, entre relámpagos seguidos de truenos y una cortina densa de lluvia, se divisaba a lo lejos un punto amarillo. Mientras en la pequeña Philco a bordo se oían noticias con mucha interferencia. Que el pico de la curva no encontraba aún la inflexión. Que la hermana gemela de una actriz argentina había pasado a la inmortalidad...

El punto amarillo comenzó a crecer hasta convertirse en la silueta delicada de una joven asiática con un rostro pincelado por el miedo, la persecución y el dolor.

- ¿Cómo te llamas? ¿Qué haces en esta barcaza?

- Realmente no lo sé... Tal vez el miedo de quedarme solo en una ciudad arrasada, vacía – dijo Candelario.

- A mí me decían Loto... Toda una vida investigando mutaciones virales; intervenciones bacteriológicas. ¡El Régimen! ¡Todo sea por el Régimen!... El régimen te da la vida y régimen te la quita...

De repente, el tiempo dejó de ser tiempo; la tormenta y el mar, un extraño torbellino cónico que se agrandaba indefinidamente.

- ¡Amancay! ¿Sos vos?

Por momentos, Candelario confundía la silueta de la mujer asiática con la de su hija que tiempo atrás las olas habían llevado para siempre hasta el fondo marino. Ella no

entendía por qué el virus se había llevado a la madre y solo le habían devuelto un puñado de cenizas que pretendía revivir bajo las aguas; en ese mar en donde Candelario las había esparcido.

- Es el miedo, el ahogo - le decían, ahora al unísono, Loto y su hija Amancay.

De pronto el golpazo de una ola a la barca lo vio luchando contra la rebeldía de ese salmón, que lo estaba haciendo transpirar como a un cordero en las brasas.

El cansancio lo llevó a sentarse contra un costado del viejo chasis amarillo y oxidado, sin soltar el riel que lidiaba con la tanza que cada vez estaba más tensa.

La noche ya caía sobre la barca envolviendo en sombra las siluetas de las mujeres. Nuevamente se dejaron ver tras una luz que moviéndose venía desde la costa.

- Es el miedo, el ahogo. ¡De eso se trata!

Volvió a escuchar a las mujeres que le hablaban bajo la gorra de cuero con visera. Esa gorra que junto al sobretodo escocés de lana abrigaban la piel salada por la salpicadura marina. El riel voló dejándose llevar por la fuerza del salmón. Las mujeres gritaban más y más fuerte esas palabras que lo atormentaban, “es el miedo, el ahogo”.

Ya no sabía si estaba dentro o fuera de ese torbellino cónico; si sobrevolaba la ficción o se adentraba en la locura. O simplemente estaba bajo la ley de recurrencia dentro de una licuadora en donde todo ello se mezclaba...

Es el miedo, el ahogo. De eso se trata...

La patrulla marina, que iba tras un barco chino que pescaba ilegalmente en la costa, lo encontró navegando con una fiebre muy alta. Activaron el protocolo, y en un módulo de hospital de campaña volvió a encontrarse con su hija Amancay y la silueta de la joven asiática, y con las cenizas de su mujer.



[Luis Ferrarassi]

Santa Cruz

Luis Ferrarassi, nacido en Córdoba en 1985 y arribado a Río Gallegos en 2007, ha obtenido varios premios y reconocimientos locales, provinciales y nacionales.

Tanto su primer libro, *“Ruinas del alma”* (cuentos) de 2009 y su novela *“La Santa Cruz de Hielo”* (2017) fueron producto de premios literarios que le valieron la publicación de ambos y el reconocimiento para ser representantes de Santa Cruz en la Feria Internacional del Libro de Buenos Aires, siendo su novela declarada de interés cultural por el Concejo Deliberante de su ciudad.

En 2020, lanzó su tercer libro en formato digital titulado *“La ciudad, después...”*, de cuentos y microrrelatos. Algunos de sus cuentos fueron seleccionados para formar parte de cuatro antologías: “100 hombres contra la violencia de género” (2016, Macedonia Ediciones); “Los libros de Charlie” (2018, Palacio Cultural de la provincia de San Luis) y “Aurora de autor” y “Cuentos escondidos” (2020, Editorial Dunken).

Entre el 2012 y el 2014 publicó varios cuentos en la página “Literasur”, de Chubut. Participa en la revista literaria La Rama y desde el 2017 a la fecha, dicta talleres de narrativa.

MODELO VIEJO

[Luis Ferrarassi]

Estaba levantado desde temprano. Luego de un desayuno apurado, insípido y mecánico, se subió al auto y condujo una hora hasta esa intersección que tanto odiaba. El tráfico era horrible. Esas malditas máquinas rodadoras eran plaga. Todo metal brillante bajo el sol, calentando su cuerpo y sintiendo cómo se elevaba su temperatura, llenando la avenida de sombras y los habitáculos de insultos.

Tardó una hora en poder salir del congestionamiento y llegar a la oficina. Se quitó la campera y luego el saco. Colgó ambos en el respaldo de su silla y extrajo sus papeles del maletín. En ese momento, se dio cuenta de lo peor. No sólo nunca le había sucedido, sino que, cuando se enteraba que a muchos les pasaba, se reía, preguntándose cómo era posible que se olvidaran el cargador. Pero hoy él era ese alguien. Registró el maletín de forma exhaustiva arrojando papeles sobre la mesa y revisó al menos cinco veces todos sus bolsillos. Era un hecho. Lo había dejado en su casa y ya no podía volver a buscarlo. Consultó la cantidad de batería: 85 %. Parecía alcanzarle. Le quedaba bastante. Pero su día era impredecible. Ocho horas de trabajo y al menos otras dos para llegar a la casa.

21

Se paseó por varias oficinas mirando rostros que apenas conocía, preguntado si alguno le prestaba un cargador, pero la mayoría los estaba usando y en otros casos, no eran compatibles. Casi todos tenían modelos nuevos, con tecnología que él apenas conocía o soñaba. “¡Cómo pude olvidarme el cargador!” se recriminó. Era algo de vital importancia.

Volvió a su oficina. Ahora tenía trabajo atrasado y acumulado por la pérdida de tiempo. Tendría que quedarse más horas para compensar. Pero sabía que si se preocupaba, sería peor.

Seis horas más tarde, notó que la batería estaba en un treinta por ciento. Miró su reloj y siguió trabajando, inquieto, inseguro.

Tras diez horas, se levantó con una debilidad en las piernas. Se colocó su saco y su campera, guardó lentamente todos sus papeles en el maletín y tuvo problemas para cerrarlo. Estaba ansioso. Nervioso. Miró el indicador (doce por ciento) y deseó que no ocu-

rriera nada que acelerara el desgaste o algo que atrasara su llegada.

Hubo tráfico otra vez.

Cuando se liberó y salió a la avenida principal, sobrepasó el límite de velocidad y corrió a más de ochenta kilómetros por hora. Cinco cuadras antes de llegar a su casa, una patrulla le hizo juego de luces y por un altavoz le indicaron que bajara la velocidad. Hizo caso omiso y aceleró aún más. Miró en la pantalla el ícono de la batería: siete por ciento. El coche policial comenzó a seguirlo haciendo sonar bocinas y sirenas.

-¡No puedo parar ahora!

Desde la esquina vio las luces de su casa. Detuvo el auto, descendió dejando la puerta abierta y corrió. Se le trabaron las piernas y cayó. La pantalla decía cuatro por ciento.

-¡Alto! ¡Policía!

-Se me acaba la batería. Necesito...

Se arrastró con gran pesadez y logró levantarse.

“Tres de batería”, brillaba en la pantalla.

Con torpeza abrió la puerta de su casa.

-¡Luces! -exclamó y el recinto se iluminó.

Detrás de él, entraron los policías.

-¡Quédese quieto ahí!

Desde la pared colgaba el cargador. La batería estaba en un por ciento. Tomó la ficha y la acercó al pin de carga.

-Necesito car... car... cargg... crrrgggrrr...

Sintió que se apagaba. Se le cerraban los ojos. Se sentía morir. El extremo del cargador ingresó en la entrada, ubicada en el centro de su pecho, justo donde los seres humanos tenían un hueso llamado esternón y sintió las cosquillas de la energía entrando a su cuerpo metálico.

Mientras los policías se quedaban mirando el parpadeo de sus ojos, pensó que ya era un modelo viejo.

Mañana, buscaría su actualización.



[Alejandro Pinto]

Tierra del Fuego AIAS

Alejandro Pinto nació en Río Grande, Tierra del Fuego, en 1988. Es poeta, tallerista y gestor cultural. Ha publicado: *Loque vaque dando* (edición independiente, 2011), *El patio de atrás* (Ñasaindy Cartonera, 2012), *Yo cebo* (Kloketen cartonera, 2013), *Relatos de un cartero* (Kloketen cartonera, 2017), *La isla me llama* (Kloketen cartonera, 2017), *Los animales o yo* (edición independiente, 2020) y *Luna guacha* (Kloketen cartonera, 2021).

LA ISLA ME LLAMA

[Alejandro Pinto]

La tarde que salimos del cañadón y encontramos la ruta hicimos dedo para llegar a Ushuaia. Nos levantaron enseguida. Cuando llegamos acompañé a Lauriane hasta un hostel y nos despedimos ahí. Eran casi las ocho de la noche asique todo fue muy rápido porque todavía me quedaba encontrar alguna combi que me lleve hasta Lapataia, el parque nacional, ya que al otro día tenía programado subir al Cerro Guanaco.

Nos abrazamos y salí a toda marcha en busca del transporte. Pero ya era demasiado tarde. No encontré ninguno y cayó la noche. Conseguí un hostel donde me dieron una habitación. La número 204. Entré, tiré la mochila sobre la cama y volví a la recepción a preguntar dónde había algún almacén cerca. Me lo indicaron y fui hasta allá a buscar un vino. Volví y me fui hasta la cocina del hostel, un salón grande con varias mesas. Me senté en una, descorché el tinto y saqué el cuaderno. Antes de dar el primer trago y escribir la primera línea, miré alrededor. Había alguna gente, la mayoría extranjeros, sentados en otras mesas cenando y hablando entre ellos. Tiré mi espalda, o mi espalda me tiró sobre el respaldo de la banqueta, y quedé así un rato, echado para atrás con la cara mirando hacia el techo. Los paisajes volvían a mi pensamiento. Volvían el río y las piedras, los árboles y el valle volvían para atravesarme la frente como un tren cargado de imágenes. Tampoco sentía hambre. Creo que después de terminar con el vino comí algo, pero no lo recuerdo. Al fin volví a inclinarme sobre la mesa, tomé un trago y me puse a escribir.

800 metros. Hay caballos en el valle, allá abajo hay caballos del tamaño de una miga de pan. ¿Qué más se puede pedir? Un segundo más, acá, respirando el valle, Lauriane. 700 metros. Estoy cansado, me duelen las piernas la espalda los dedos de la mano. No quiero que esto termine. Diástole montaña a un costado. Sístole montaña al otro costado. No bajemos Lauriane. 600 metros. Busquemos la soledad, la encontremos, tomémosla de la mano, mirémosla a los ojos con el alma en las lágrimas alegres. No bajes, no hagas que te siga, ahí voy, yo te sigo. 500 metros. ¿En qué pensás, Lauriane? Yo no puedo pensar, voy atrás tuyo, veo el movimiento de tu pelo entre la cima de las montañas, la piel de tu

cuello cuando mirás el sendero. Miro el camino y voy recogiendo tu mirada, tus huellas, tu respiración. Mirá el color de las montañas a esta hora de la tarde. ¿Te gustan las piedras? Llegamos al bosque. 400 metros. Contame sobre tu vida ¿Por qué te dejaron sola? ¿Quién no te comprendió? ¿Por qué decís que amás a Tierra del Fuego? Bueno, Lauriane. 300 metros. Esta Isla no es mía, pero podés quedarte y componer tus canciones acá. Y salir a caminar cuando quieras. 200 metros. Cuando quieras, Lauriane. Allá está la ruta, estamos llegando. 100 metros. Cuando lleguemos te voy a pedir algo que ya te pidió la Isla. Te voy a pedir que si te vas, vuelvas. La isla te llama.

Capítulo 6 de la novela LA ISLA ME LLAMA, de Alejandro Pinto. Ediciones Kloketen cartonera, Río Grande, 2017.

INSTINTA

[Alejandro Pinto]

Camina rodeando el bosque. La estrella más alta tiembla encima suyo. Las hojas saltan y ella se detiene a contemplar el maravilloso pensamiento del follaje. Mira la luna y un diente de león se deshace en el agua.

25

Dice que un árbol es un árbol. Se cubre los ojos con una mano, mientras con la otra saca una pluma de su bolsillo y una bandada de pájaros alza su nido hacia el sol. Ahora el bosque crece en la tierra fértil de sus ojos.

-Estamos agotados

Le cuentan los árboles que están agotados. Que tiemblan de sostener tanto tiempo y que van a soplar sus bocas para siempre.

-Estamos lejos, muy lejos de la piel-

Y por esto se la arrancaron le cuentan, y ella les dice que los pájaros vienen volviendo. Que los vio levantar sus nidos hacia el sol y que en el sol también anochece. Los árboles la oyen suspirar y alzan sus miradas.

Fragmento de LOQUE VAQUE DANDO, de Alejandro Pinto. Edición del autor, Río Grande, 2011.



Casi así me siento más satisfecho de mi obra espiritual es decir la docente que de la material pues los jóvenes Argentinos formados en el país y a quienes considero como hijos espirituales han sido casi todos mis discípulos, han correspondido ampliamente a lo que el país esperaba o necesitaba de ellos y muchos gozan de justo renombre aun fuera de la patria.

Patagonia tierra de cuentos incluye los textos compartidos durante la edición de octubre 2021 del programa **Patagonia Lee**, ideado y puesto en práctica por los Planes Provinciales de Lecturas de La Patagonia.

PATAGONIA LEE

